

## DOCUMENTO No. 12

Primera carta de los intelectuales europeos y latinoamericanos a Fidel Castro

Esta carta ha recibido amplia difusión en la prensa occidental. El original apareció en francés en el periódico *Le Monde* el 9 de abril de 1971.

*Comandante Fidel Castro*

*Primer Ministro del Gobierno Revolucionario*

*Los abajo firmantes, solidarios con los principios y objetivos de la Revolución Cubana, le dirigimos la presente para expresar nuestra inquietud debida al encarcelamiento del poeta y escritor Heberto Padilla y pedirle reexamine la situación que este arresto ha creado.*

*Como el gobierno cubano hasta el momento no ha proporcionado información alguna relacionada con este arresto, tememos la reaparición de una tendencia sectaria mucho más violenta y peligrosa que la denunciada por usted en marzo de 1962, y a la cual el Comandante Che Guevara aludió en distintas ocasiones al denunciar la supresión del derecho de crítica dentro del seno de la Revolución.*

*En estos momentos —cuando se instaura en Chile un gobierno socialista y cuando la nueva situación creada en el Perú y Bolivia facilita la ruptura del bloqueo criminal impuesto a Cuba por el imperialismo norteamericano— el uso de medidas represivas contra intelectuales y escritores quienes han ejercido el derecho de crítica dentro de la Revolución, puede únicamente tener repercusiones sumamente negativas entre las fuerzas anti-imperialistas del mundo entero, y muy especialmente en la América Latina, para quienes la Revolución Cubana representa un símbolo y estandarte.*

*Al agradecerle la atención que se sirva prestar a nuestra petición, reafirmamos nuestra solidaridad con los principios que inspiraron la lucha en la Sierra Maestra y que el gobierno revolucionario de Cuba ha expresado tantas veces por medio de las palabras y acciones de su Primer Ministro, del comandante Ché Guevara y de tantos otros dirigentes revolucionarios.*

*Firman (Lista de "Le Monde", abril 9, 1971):*

*Carlos Barral, Simone de Beauvoir, Italo Calvino, José María Castellet, Fernando Claudin, Julio Cortázar, Jean Daniel, Mar-*

*guerite Duras, Hans Magnus Enzensbeger, Jean-Pierre Faye, Carlos Franqui, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Juan Goytisolo, Luis Goytisolo, Alain Jouffroy, André Pieyre de Mandiargues, Joyce Mansour, Dionys Mascolo, Alberto Moravia, Maurice Nadezu, Hélène Parmelin, Octavio Paz, Anne Philipe, Pignon, Jean Pronteau, Rebeyrolles, Rossana Rossanda, Francisco Rossi, Claude Roy, Jean-Paul Sartre, Jorge Semprún, Mario Vargas Llosa.*

## DOCUMENTO No. 13

Carta del PEN Club de México a Fidel Castro

Excelsior (México), 2 de abril de 1971

*“Los suscritos, miembros del PEN Club de México y simpatizantes de la lucha del pueblo cubano por su independencia, desaprobamos la aprehensión del poeta Heberto Padilla y deploramos las declaraciones que en torno a este hecho le atribuye a usted la agencia France Press.*

*Nuestro criterio común afirma el derecho a la crítica intelectual lo mismo en Cuba que en cualquier otro país. La libertad de Heberto Padilla nos parece esencial para no terminar, mediante un acto represivo y antidemocrático, con el gran desarrollo del arte y la literatura cubanas.*

*Atentamente.*

*José Alvaro, Fernando Benítez, Gastón García Cantú, José Luis Cuevas, Salvador Elizondo, Isabel Fraire, Carlos Fuentes, Juan García Ponce, Vicente Leñero, Eduardo Lizalde, Marco Antonio Montes de Oca, José Emilio Pacheco, Octavio Paz, Carlos Pellicer, José Revueltas, Juan Rulfo, Jesús Silva Herzog, Ramón Xirau, Gabriel Zaid”.*

## DOCUMENTO No. 14

Intervención en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, el martes 27 de abril de 1971

El texto que reproducimos a continuación ha sido tomado de la revista **Casa de las Américas**, Año XI, No. 65-66 (marzo-junio 1971) pp. 191-203.

Padilla, arrestado el 20 de marzo de 1971, fué puesto en libertad el martes 27 de abril en las primeras horas de la madrugada. Esa misma noche, ante una reunión de la UNEAC —Unión de Escritores y Artistas de Cuba—, Padilla pronunció el discurso que reproducimos, donde los temas de la auto-crítica enviada al Gobierno Revolucionario desde prisión (abril 5) aparecen de nuevo:

—Bajo disfraz de escritor rebelde —dice Padilla— lo único que hacía era ocultar mi desafecto a la Revolución.

—Padilla resume la lista de sus “pecados”, desde la controversia en *El Caimán Barbudo*, suplemento cultural del periódico *Juventud Rebelde*, sobre la novela de Lisandro Otero, “*Pasión de Urbino*”, finalista en el Concurso Biblioteca Breve de 1964 — en el que la novela de Cabrera Infante “*Tres Tristes Tigres*”, entonces titulada “*Vista del amanecer en el trópico*” recibió el premio.

Particularmente se refiere Padilla desde luego a su libro “*Fuera del Juego*” y a sus protestas —siempre verbalizadas a visitantes extranjeros— acerca del tratamiento injusto que había recibido a manos de **Verde Olivo**.

Sus conversaciones con Karol, Dumont y Enzensberger contribuyeron a deformar la visión de la realidad cubana que esos escritores luego difundieron en el extranjero en sus “libelos” contra la Revolución.

—Padilla insta a sus amigos escritores a que aprendan de su experiencia, “compañeros que iban camino de esa misma situación”; entre los que menciona: Belkis Cuza Malé (su esposa), Pablo Armando Fernández, César López, José Yanes, Norberto Fuentes, Manuel Díaz Martínez, José Lezama Lima, y David Buzzi.

**JOSE ANTONIO PORTUONDO:** Compañeros, durante varios días hubo conversaciones, rumores, etcétera, en torno a Heberto Padilla y a su situación. El, por su parte, hizo una solicitud al Gobierno Revolucionario en el sentido de explicar personalmente su caso. El Gobierno Revolucionario accedió a

que Heberto Padilla explicara a los compañeros escritores lo referente a su caso, y se estimó que el sitio mejor para que esto se realizara fuera en el seno de nuestra Unión de escritores y artistas de Cuba, que es en definitiva el organismo de los escritores y artistas de Cuba.

Por eso, hoy Padilla va a venir a exponernos a todos la realidad de su caso y, sin más dilación, él tiene la palabra. Quiero ante todo solamente excusar la ausencia del compañero Nicolás Guillén. El era el que debiera estar aquí presidiendo este acto, pero todos ustedes saben que Nicolás ha estado seriamente enfermo y que se le ha prescrito un reposo absoluto; un reposo que tratándose de Nicolás nunca es absoluto, pero que nosotros hemos tratado de absolutizar lo más posible. Por esa razón él no está esta noche aquí, nosotros no hemos querido que él salga de su casa, y yo lo sustituyo. Pero el compañero Nicolás está enterado de todo lo que estamos haciendo aquí y de todo lo que aquí se va a decir.

HEBERTO PADILLA: Gracias, doctor.

Compañeros, desde anoche a las doce y media, más o menos, la Dirección de la Revolución me puso en libertad, me ha dado la oportunidad de dirigirme a mis amigos y compañeros escritores sobre una serie de aspectos a los que seguidamente yo me voy a referir.

Yo quiero aclarar que esta reunión, que esta conversación, es una solicitud mía. Que esta reunión ustedes saben perfectamente que la Revolución no tiene que imponérsela a nadie. Yo hice un escrito y yo lo presenté a la Dirección de nuestro Gobierno Revolucionario, yo planteé la necesidad de explicar una serie de puntos de vistas míos, de actividades y actitudes mías, delante de ustedes que son mis compañeros, porque creo que la experiencia mía puede tener algún valor, yo diría que un interesante, un ejemplar valor para muchos de mis amigos y de mis compañeros.

Ustedes saben perfectamente que desde el pasado 20 de marzo yo estaba detenido por la Seguridad del Estado de nuestro país. Estaba detenido por contrarrevolucionario. Por muy grave y por muy impresionante que pueda resultar esta acusación, esa acusación estaba fundamentada por una serie de actividades, por una serie de críticas... Críticas —que es una palabra a la que quise habituarme en contacto con los compañeros de Seguridad— no es la palabra que cuadra a mi actitud, sino por una serie de injurias y difamaciones a la Revolución que constituyen y constituirán siempre mi vergüenza frente a esta Revolución. Yo he tenido muchos días para reflexionar, en

Seguridad del Estado. Yo quiero decirles a ustedes algunas cosas sobre mi actitud que muchos de ustedes pueden sentirse sorprendidos de oírme no porque muchos de ustedes las ignorasen, sino porque muchos pueden creer que sea yo capaz de reconocerlas en público. Es decir, no es tanto el hecho de mis actitudes, de mis actividades, como mi disposición a hablar de ellas lo que puede constituir una sorpresa.

Yo he cometido muchísimos errores, errores realmente imperdonables, realmente censurables, realmente incalificables. Y yo me siento verdaderamente ligero, verdaderamente feliz después de toda esta experiencia que he tenido, de poder reiniciar mi vida con el espíritu con que quiero reiniciarla.

Yo pedí esta reunión, y yo no me cansaré nunca de aclarar que la pedí, porque yo sé que si alguien hay suspicaz es un artista y un escritor. Y no en Cuba solamente, sino en muchos sitios del mundo. Y si he venido a improvisarla y no a escribirla —y estas noticias no significan absolutamente nada, estas noticias son siempre la cobardía del que cree que va a olvidar un dato—, si he venido a improvisarla es precisamente por la confianza que la Revolución tiene, durante todas las conversaciones que hemos tenido durante estos días pasados, de que yo voy a decir la verdad. Una verdad que realmente me costó trabajo llegar a aceptar —debo decirlo—, porque yo siempre preferí mis justificaciones, mis evasivas, porque yo siempre encontraba una justificación a una serie de posiciones que realmente dañaban a la Revolución.

Yo, bajo el disfraz del escritor rebelde, lo único que hacía era ocultar mi desafecto a la Revolución. Yo decía: ¿era esto realmente un desafecto? Yo lo discutía en Seguridad. Y cuando yo vi el cúmulo de actividades, el cúmulo de opiniones, el cúmulo de juicios que yo vertía con cubanos y extranjeros, el número de injurias y difamaciones, yo me detuve y tuve que decir realmente: ésta es mi verdad, este es mi tamaño, este es el hombre que realmente yo era; este es el hombre que cometía estos errores, este es el hombre que objetivamente trabajaba contra la Revolución y no en beneficio de ella; este era el hombre que cuando hacía una crítica no la hacía al organismo al que debía criticársele, sino que hacía la crítica al pasillo, que hacía la crítica al compañero con mala intención. Se me dirá que eran críticas privadas, que eran críticas personales, que eran opiniones. Para mí eso no tiene importancia. Yo pienso que si yo quería ser, como lo que yo quería ser, era un escritor revolucionario y un escritor crítico, mis opiniones privadas y las opiniones que yo pudiera tener con mis amigos tenían que tener el mismo peso moral que las opiniones que yo debía tener en

público. Porque no podía ser posible que se mantuviera esa duplicidad, que en lo público yo me manifestase como un militante indiscutible de la Revolución, y en lo privado me manifestase objetivo. Porque el error de muchos escritores es creerse como un desafecto vulgar, como un contrarrevolucionario eso; no de todos, afortunadamente, porque hay excepciones honrosas que afortunadamente han llevado adelante la posición moral de nuestros escritores, pero sí de muchos, y yo diría que de la mayoría de nuestros escritores y de nuestros artistas.

Y no había ningún derecho a que ésta fuese nuestra posición; no había ningún derecho a esta dicotomía, a que por un lado pensásemos de una forma en nuestra vida privada, a que fuésemos unos desafectos como era yo, verdaderamente venenoso y agresivo y acre contra la Revolución, y por el otro, en lo internacional, queriendo proyectar la imagen de un escritor inconforme y de un escritor inquieto.

A mí me gustaría encontrar un montón de palabras agresivas que pudieran definir perfectamente mi conducta. A mí me gustaría poder agradecer infinitamente las veces que muchísimos de mis amigos revolucionarios se me acercaron previniéndome de que mis actitudes eran actitudes muy negativas y actitudes que dañaban a la Revolución. Y yo realmente no perdonaré nunca el que los desoyese; yo nunca lo perdonaré. Pero esos fueron mis errores. Esos fueron los errores de que yo he hablado durante este mes en la Seguridad del Estado.

Yo he criticado cada una de las iniciativas de nuestra Revolución. Es más, yo he hecho una especie de estilo de la agresividad. Yo me siento avergonzado y tenía necesidad de hablar con mis amigos porque yo no creía que bastara el que yo escribiese una carta al Gobierno Revolucionario arrepintiéndome y que esa carta fue aceptada y que la Revolución tuviera la generosidad de permitirme hablar con ustedes. Eso no es suficiente. Para que una rectificación, para que un hombre realmente apoye su rectificación moral delante de su país y de sus compañeros, es necesario que ese hombre sea capaz de decirlo espontáneamente a esos compañeros: que está dispuesto a esa rectificación. Y decirlo justamente a un sector al que yo quiero referirme un poco más adelante, pero que tiene ciertas características y ciertas peculiaridades que son para la Revolución de suma importancia.

Yo, compañeros, como he dicho antes, he cometido errores imperdonables. Yo he difamado, he injuriado constantemente la Revolución, con cubanos y con extranjeros. Yo he llegado sumamente lejos en mis errores y en mis actividades contrarrevolucionarias —no se le puede andar con rodeos a las pala-

bras—. Yo, cuando fui a Seguridad, sobre todo tenía la tendencia a tenerle miedo a esa palabra, como si esa palabra no tuviese una carga muy clara y un valor muy específico, ¿no? Es decir, contrarrevolucionario es el hombre que actúa contra la Revolución, que la daña. Y yo actuaba y yo dañaba a la Revolución. A mí me preocupaba más mi importancia intelectual y literaria que la importancia de la Revolución. Y debo decirlo así.

En el año 1966, cuando yo regresé de Europa a Cuba, yo puedo calificar ese regreso como la marca de mi resentimiento. Lo primero que yo hice al regresar a Cuba, meses después, fue aprovechar la coyuntura que me ofreció el suplemento literario *El Caimán Barbudo*, con motivo de la publicación de la novela de Lisandro Otero *Pasión de Urbino*, para arremeter allí despiadada e injustamente contra un amigo de años, contra un amigo verdadero como era Lisandro Otero. Un amigo que a mi regreso de Europa me dio su casa de la playa para que viviera un mes en los dos meses de descanso que yo tenía por mi ministerio. Lo primero que yo hice fue atacar a Lisandro. Le dije horrores a Lisandro Otero. ¿Y a quién defendí yo? Yo defendí a Guillermo Cabrera Infante. ¿Y quién era Guillermo Cabrera Infante, que todos nosotros conocemos? ¿Quién era y quién había sido siempre Guillermo Cabrera Infante? Guillermo Cabrera Infante había sido siempre un resentido, no ya de la Revolución, un resentido social por excelencia, un hombre de extracción humildísima, un hombre pobre; un hombre que no sé por qué razones se amargó desde su adolescencia y un hombre que fue desde el principio un enemigo irreconciliable de la Revolución. Y yo no era ajeno a esas características de Guillermo Cabrera Infante. Y lo primero que hice fue defender a Guillermito, que es un agente declarado, un enemigo declarado de la Revolución, un agente de la CIA, defenderlo contra Lisandro Otero. Defenderlo ¿por qué? Defenderlo en nombre de valores artísticos. ¿Y qué valores artísticos excelentes y extraordinario puede aportar la novela de Guillermo Cabrera Infante, *Tres Tristes Tigres*? ¿Qué valores excepcionales, qué contribución excepcional a la literatura puede aportar ese libro que mereciese que yo aprovechara esa ocasión que me brindaba *El Caimán Barbudo* para atacar a un amigo entrañable? Yo, que no era un crítico profesional, porque no era mi obligación el establecer diferencias específicas entre lo político y lo literario; yo, que no era un crítico profesional, lo primero que hago es arremeter contra Lisandro Otero injustamente, porque Lisandro jamás me viró las espaldas. Lisandro quería llevarme a la revista *Cuba*. Ah, pero yo debo ser sincero con mis amigos, yo aproveché esa ocasión para molestar a Lisandro, porque estaba molesto con Lisandro. Pero es que la molestia con Lisandro se

convertía en un problema político, y esta actitud tenía consecuencias políticas que iban a dañar directamente a la Revolución.

Porque en esa pequeña nota venenosa que yo escribí para *El Caimán Barbudo*, yo atacaba nada menos que a tres organismos de la Revolución. Yo atacaba, por ejemplo, a mi organización, a la Unión de escritores y artistas. Yo decía que la Unión de escritores y artistas era un cascarón de figurones. Yo atacaba al Ministerio de Relaciones Exteriores por haber prescindido de los servicios de un contrarrevolucionario como era Guillermo Cabrera Infante, que había estado tres años en Bruselas y que aquello le había permitido vincularse a los enemigos de la Revolución, como se ha demostrado claramente, como él mismo se ha esforzado en declararlo. Yo atacué incluso despiadadamente al compañero de Seguridad que informó contra las actividades de Guillermo Cabrera Infante, hablando del estilo literario, como si el estilo literario tuviera algo que ver con la verdad o como si la verdad no fuera más importante que el estilo literario.

Estas cosas que ustedes me oyen ahora, ustedes pensarán que debí pensarlas antes. Si, es cierto. Es cierto, yo debí pensarlas antes. Pero la vida, es así, el hombre comete sus errores. Yo he cometido esos errores que son imperdonables. Yo sé, por ejemplo, que esta intervención de esta noche es una generosidad de la Revolución, que yo esta intervención no me la merecía, que yo no merecía el estar libre. Lo creo sinceramente; lo creo por encima de esa alharaca internacional que aprecio en el orden personal, porque creo que son compañeros que viven otras experiencias y otros mundos, que tienen una visión completamente diferente de la situación cubana, situación que yo he falseado en cierta forma o en todas las formas. Porque yo he querido identificar determinada situación cubana con determinada situación internacional de determinadas etapas del socialismo que ha sido superada en esos países socialistas, tratando de identificar situaciones históricas con esta situación histórica que nada tiene que ver con aquéllas. Y estos compañeros que me han apoyado, que se han solidarizado conmigo internacionalmente, desconocen a fondo mi vida de los últimos años. Desconocen, muchos de ellos, el hecho de que yo hubiera tenido esas actividades, de que yo hubiese asumido esas actitudes, de que yo hubiese llevado a cabo tales posiciones.

Es una actitud natural de los escritores en el mundo capitalista y yo espero que estos compañeros, al darse cuenta de la generosidad de la Revolución, al verme aquí pudiendo hablar libremente con ustedes —porque si éstas no fueran mis ideas lo primero que debería exigírseme a mí sería la valentía en

este momento de decir cuáles deberían ser realmente mis ideas, aunque mañana tuviera que regresar a la cárcel. Y si quiere decir que no las digo quiere decir que no la siento, y si no las siento quiere decir que esos compañeros que se han solidarizado deberían rectificar, y deberían admitir que la Revolución cubana es superior al hombre con que se han solidarizado. Y que la Revolución cubana es justa y que la Revolución cubana ha tenido en cuenta todos los hechos, y que la Revolución cubana me ha dado la oportunidad a mí no de ir a los tribunales revolucionarios por una serie de circunstancias que yo voy a enumerar, sino de venir a hablar con ustedes y de vivir mi vida de siempre después de un mes de experiencia ejemplar. Yo decía que desde mi regreso de Europa toda mi vida estuvo marcada por el resentimiento. Yo decía que si esa noticia que yo escribí al principio era venenosa, la que escribí después superaba en veneno a esa otra pequeñita. Me refiero a la respuesta que yo di a la que los compañeros de *El Caimán Barbudo* dieron a la pequeña que en el inicio hice. Es decir, una especie de alegato contra la política de la Revolución.

Aquel alegato era de una petulancia, aquel alegato expresaba unos alardes teóricos que yo he padecido siempre, lamentablemente, de lo que yo realmente me siento sumamente avergonzado. Porque además ¿qué mérito revolucionario, compañeros, tenía yo en una Revolución sumamente joven en donde el mérito revolucionario debe primar, debe estar por encima de cualquier otro tipo de consideración? En una revolución hecha a noventa millas del imperialismo, este lugar común que a fuerza de reiteraciones nunca podrá perder su verosimilitud: ¿qué valor puede tener un hombre sino precisamente el haber tenido el sentido histórico de haber asumido una posición —y yo edad tenía para asumirla en el momento en que otros, valerosos, realmente revolucionarios, la asumieron frente a la tiranía de Batista—? ¿Cuáles eran mis méritos para poder convertirme en ese “fiscal increíble”, como me había calificado acertadamente la revista *Verde Olivo*? ¿Cuáles eran mis méritos revolucionarios para convertirme precisamente en el hombre que debía ser el crítico de la Revolución, el único escritor con mentalidad política que podía oponerse al proceso revolucionario e imponer sus ideas? Ninguno; yo no tenía esos méritos revolucionarios. Tampoco tenía la verdad, que podría ser un mérito en sí mismo, porque como ya se ha visto era injusto, y prefería un enemigo a un amigo, prefería el resentimiento a una valoración inteligente y sensata de los hechos. No tenía ninguna razón y, sin embargo, lo hice.

Yo, que debía haber estado agradecido de una Revolución que me permitió viajar, que me permitió dirigir una de sus

empresas, que me permitió representar a uno de sus ministerios en distintos países europeos; yo, defendiendo a un contrarrevolucionario, a un enemigo declarado de la Revolución como era Guillermo Cabrera Infante, contra un compañero leal, contra un compañero que siempre me había dado muestras de cariño, de afecto, con quien siempre tuve mucha identificación, largas correspondencias, como era Lisandro Otero.

Pero es que yo quería sobresalir —hay que juzgar las cosas como son—. Yo hice muy mal mi papel, tengo que empezar por decir eso. Yo quería sobresalir. Yo quería demostrar que el único escritor agredido entre comillas era Heberto Padilla, y el escritor agredido entre comillas, revolucionario era Guillermo Cabrera Infante. Y que el resto era una serie de remisos y un montón de funcionarios acobardados. Y que la Unión de escritores no valía para nada porque esa Unión de escritores no asumía mi misma posición.

Ese fue mi inicio, esa fue mi más clara actividad enemiga, mi más específica actividad para dañar a la Revolución: asumir los alardes teóricos de un hombre que no tenía mérito revolucionario alguno para asumirlo. Defender a un traidor frente a un compañero que ha dado pruebas cabales de su lealtad, de su inteligencia creadora al servicio de la Revolución.

A mí me gustaría que Guillermo Cabrera Infante no fuera un contrarrevolucionario, y me gustaría que su talento estuviera al servicio de la Revolución. Pero, como decía Martí, la inteligencia no es lo mejor del hombre. Y si algo yo he aprendido entre los compañeros de Seguridad del Estado, que me han pedido que no hable de ellos porque no es el tema el hablar de ellos sino el hablar de mí, yo he aprendido en la humildad de estos compañeros, en la sencillez, en la sensibilidad, el calor con que realizan su tarea humana y revolucionaria, la diferencia que hay entre un hombre que quiere servir a la Revolución y un hombre preso por los defectos de su carácter y de sus vanidades.

Yo asumí esas posiciones. Y además, lo que es peor, yo llevé esas posiciones a un terreno a donde yo nunca debí llevar esas posiciones. A un terreno en que esas posiciones no caben: al terreno de la poesía. Yo he pensado mucho en esto, he reflexionado mucho, seriamente, en lo que me llevó a llevar estas posiciones a la poesía. Estas posiciones no habían sido nunca asumidas; tomadas, expuestas en la poesía cubana. La poesía cubana del comienzo de la Revolución, la misma que yo hice en etapas breves que la propia Revolución me ha reconocido en mis conversaciones con Seguridad, era una poesía de entusiasmo revolucionario, una poesía ejemplar, una poesía como corres-

ponde al proceso joven de nuestra Revolución. Y yo inauguré —y esto es una triste prioridad—, yo inauguré el resentimiento, la amargura, el pesimismo, elementos todos que no son más que sinónimos de contrarrevolución en la literatura.

Ustedes saben que yo me estoy refiriendo a *Fuera del Juego*, que ustedes me han oído defender mucho. Pero es que hay que pensar profundamente las cosas. Pensemos sinceramente en *Fuera del juego*. ¿Ustedes piensan, si ustedes leen ese libro que es en realidad un libro revolucionario? ¿Es un libro que invita a la Revolución y a la transformación de una sociedad?

Yo he pensado, he repensado muchas veces, he tenido muchos días para pensar en eso, en esos poemas, desde el primero hasta el último. ¿Qué es lo que marca ese libro? ¿Qué es lo que le da la característica esencial a ese libro? Pues lo que le da la característica esencial a ese libro es, bajo la apariencia de un desgarramiento por los problemas de la historia, lo cual no es más que una forma del colonialismo ese de que ha hablado Fidel en sus últimos discursos, una forma de importar estados de ánimos ajenos, experiencias históricas ajenas, a un momento de la Revolución que no tiene de la historia ese desencanto, sino todo lo contrario, un momento de la historia en que se puede tocar el ímpetu de todas las realizaciones y de todos los momentos de desarrollo y de entusiasmo que puede tener una Revolución.

Pero yo no, yo empecé mi libro como hubiera podido empezar un filósofo viejísimo y enfermo del hígado con un poema que se llama "En tiempos difíciles". Y por ahí siguen una serie de poemas. Ese libro está lleno de amargura, está lleno de pesimismo. Ese libro está escrito con lecturas, ese libro no expresa una experiencia de la vida, no interioriza la experiencia cubana. Hay que reconocerlo. Ese libro expresa un desencanto, y el que lo aprecie lo único que hace es proyectar su propio desencanto.

Y desencanto hay muy antiguo en muchos hombres. Porque la Revolución no es un fenómeno que transforme la alegría del hombre y que la reafirme y la haga extraordinaria en tres días. Para la tristeza hay millones de años de experiencia. No sé quien lo dijo, tal vez lo repitió Roberto alguna vez, o lo dijo por primera vez, pero para la alegría no hay mucha experiencia en la poesía. Es más fácil llorar que alegrarse, que escribir sobre la esperanza y sobre los sueños, y sobre la poesía de la vida.

Hay clichés del desencanto. Y esos clichés yo los he dominado siempre. Aquí hay muchos amigos míos que yo estoy mirando ahora, que lo saben. César Leante lo sabe, César sabe

que yo he sido un tipo escéptico toda mi vida, que yo siempre me he inspirado en el desencanto, que mi desencanto ha sido el centro de todo mi entusiasmo —valga esa absurda forma de expresión—. Es decir, el motor de mi poesía ha sido el pesimismo, el escepticismo, el desencanto. Y ese libro, *Fuera del juego*, está marcado por ese escepticismo y por esa amargura. Ese escepticismo y esa amargura no entusiasman y no llevan a la Revolución. Esos poemas llevan al espíritu derrotista, y el espíritu derrotista es contrarrevolución.

Y yo he tenido muchos días para discutir estos temas, y los compañeros de Seguridad no son policías elementales; son gente muy inteligente. Mucho más inteligentes que yo; lo reconozco. Y más joven que yo. Cuadros que yo no sé de dónde han sacado, todavía no sé de dónde... Porque muchas veces, me acuerdo que le pregunté a un compañero, no quiero ni mencionarlo, un oficial, le dije: ¿Pero de dónde han sacado ustedes estos cuadros? Y yo estaba afuera, porque tuvieron la gentileza en muchas ocasiones de llevarme a tomar el sol—, y había un grupo de niños, muy pobres, muy simples, muy sencillos, cubanos, y me dijo: “mira, chico, de ahí”. Y me dio una respuesta simple, un adverbio de lugar: ahí, chico; de ahí salí yo, y de ahí salimos todos.

Yo me sentí muy avergonzado, y me sentía todos los días muy avergonzado de aquellas conversaciones sanas que tampoco se podían identificar con las conversaciones enfermizas que eran el tema central de mi vida en los últimos años.

Y así yo fui asumiendo actitudes, así me fui envenenando, así me fui separando de mis amigos. Si mis amigos antes eran, por ejemplo, Roberto Fernández Retamar, Lisandro Otero, Edmundo Desnoes, Ambrosio Fornet, por citar sólo algunos, después ellos no fueron, no podían ser mis amigos. Ellos hicieron esfuerzos porque yo rectificara. Yo recuerdo mis conversaciones y mis discusiones con Roberto, pero es que mi verba era tremenda y entonces mi retórica lo ahogaba a él, o él, en fin, no tenía por qué llevar más lejos su capacidad de persuasión, porque bastante edad tenía yo para ello. Y lo cierto es que yo seguía en mis argumentaciones enfermizas y negativas, y él seguía una línea correcta. Y ellos, este grupo de compañeros, y muchos otros más seguían una línea correcta y yo incorrecta. ¡Y yo incorrecta! y yo completamente hostil, completamente venenosa. Y me alegra encontrar esas palabras rotundas y sonoras para calificarla, porque son palabras que mientras más me denigran en lo semántico —si es que esto puede tener algún valor para la literatura—, más me alegran en lo espiritual.

Si antes ellos habían sido mis amigos, después ¿quiénes fueron mis amigos? ¡Ah!, los periodistas extranjeros que venían a Cuba. ¿Y qué buscaban esos periodistas extranjeros que venían a Cuba? ¿Ellos venían aquí a admirar la grandeza de la Revolución? Yo no diré que todos, porque los ha habido y los hay que realmente aman y apoyan nuestra Revolución. Pero los que se acercaban a mí, específicamente a mí, ¿verdaderamente buscaban la grandeza de la Revolución, el esfuerzo de nuestro pueblo, el tesón, la energía de nuestros dirigentes? No. Ellos buscaban al desafecto Heberto Padilla, al resentido marginal, al tipo que les podía hacer un análisis, sobre todo sonoro más que racional, de nuestra situación; el tipo que tenía la astucia necesaria para organizar cuatro o cinco lugares comunes sobre problemas que en realidad no conocía, sobre problemas de los que ignoraba casi todo, de los que sabía muy poco. Pero lo hacía; lo hacía. Y estos periodistas difundían mi nombre. Y en los artículos sobre Cuba en el extranjero se hablaba con mucho entusiasmo sobre mí y se me veía como un escritor rebelde, como un escritor “contestatario” —como dicen los franceses—, intransigente, se me veía como un tipo característico de los países socialistas, el tipo que en Cuba simbolizaba lo que en otros países han simbolizado otros. Es decir, una especie de traslación mecánica y completamente artificial de una situación a otra situación. Ellos sabían el juego en que estaban; ellos me halagaban, ellos me entrevistaban, ellos hacían de mí semblanzas adorables. Y ellos hacían ese juego y yo me beneficiaba con ese juego, mi nombre estaba en circulación, y yo era perfectamente conciente de todo esto que estaba ocurriendo. El problema era que yo he tenido debilidades muy grandes. Porque sin talento político alguno, mis lecturas y mis preocupaciones han sido sobre la política y sobre los problemas políticos. En realidad, no tengo valentía alguna para tomar un fusil e ir a una montaña como han hecho otros hombres. Ahora, para la montaña verbal, para el análisis de la esquina y del cuarto, para eso he tenido un talento inmedible; eso no hay duda.

Por ejemplo, yo recuerdo el libro de Lee Lockwood, el periodista norteamericano, donde aparece mi foto con un tabaco y un periódico *Granma*, una foto muy hábilmente hecha y muy inteligentemente hecha —yo no quiero calificar en un sentido negativo esa foto de Lee Lockwood—, una foto que hizo él, pero que aparece con un pie de grabado que define perfectamente la pose que adopto yo en esa fotografía. Ese pie de grabado dice: “Heberto Padilla, poeta y *enfant terrible* (—niño terrible—) político”.

En fin, me enamoré de esa imagen. Pero esa imagen ¿a dónde me llevaba? ¿Y sobre qué nacía esa imagen? ¿Y de qué se bene-

ficiaba esa imagen? ¿Qué cosa era un niño terrible —como dicen los franceses— político? ¿De qué se beneficiaba esa terribilidad sino de la enemistad con la Revolución? ¿De qué se beneficiaba sino de la contrarrevolución, del desafecto, del veneno? De eso.

Mi nombre circulaba, mi libro *Fuera del juego* tuvo un premio en la Unión de escritores y artistas de Cuba, mi libro *Fuera del juego* obtuvo el premio por unanimidad. La Unión de escritores y artistas de Cuba, el ejecutivo de la Unión de escritores, escribió un prólogo crítico contra ese libro. ¿Y a mí qué me importaba ese prólogo crítico, si al lado de ese prólogo crítico aparecía la defensa apasionada de los cinco miembros del Jurado? Eso era lo importante.

Además, no sólo aparecía esto. Aparecía el voto del crítico británico Cohen que decía que este libro *Fuera del juego* había ganado un premio en cualquier país del mundo occidental. Es precisamente en esta especificación geográfica y política, el mundo occidental, en donde radicaba la diferencia entre lo que hubiera debido ser un premio y otro; porque un premio de la Unión de escritores y artistas de Cuba tenía que ser un premio revolucionario, precisamente el premio más revolucionario, porque es justamente el premio de la Unión de sus escritores revolucionarios.

Y el libro obtuvo ese premio. Y ese libro inmediatamente fue publicado en Francia por la editorial Du Seuil, una editorial que tradujo los cincuentipico poemas en menos de un mes, a toda máquina, y que puso por fuera una banda insidiosa que decía: “¿Se puede ser poeta en Cuba?”, con lo cual quería decir que no se podía ser poeta en Cuba.

Yo me beneficiaba con la situación internacional, yo obtenía con todo este hecho una doble importancia: la importancia intelectual y la importancia política; intelectual, porque un grupo de escritores y de críticos de primera fila me otorgaba un premio nacional de literatura de un país en Revolución; y política, porque este libro marcaba la culminación de lo que yo imaginaba que era mi triunfo frente a la Revolución, el triunfo de mis ideas. Yo pensé que *Fuera del juego*, este libro, marcaba el triunfo de mis posiciones.

Yo me consideraba un intocable típico, como el que existe en los países socialistas, esos escritores que —como ustedes saben— escriben sus libros, los publican clandestinamente fuera de sus países y se convierten en intocables, en hombres que ningún Estado puede tocar. Y yo quería, yo pretendía objetivamente ser un intocable, imponer mis ideas políticas, convertirme en el único escritor con mentalidad política de este país.

Y en eso residía mi fatuidad, mi vanidad, mi petulencia literaria, y sobre todo, todo siempre vinculado al extranjero, ¡siempre vinculado al extranjero! Yo hablé con muchos extranjeros además. Por ejemplo con Karol, K. S. Karol, el escritor-periodista polaco-francés. Yo a Karol le hice pomposos análisis de la situación política cubana, le hablé siempre con un sentido derrotista, con un ánimo crítico amargo, contrarrevolucionario, de la Revolución cubana. Y Karol, que era un hombre que quería oír esas cosas, porque Karol es un hombre amargado, es un polaco, hombre exiliado de su país en París; Karol quería oír esas cosas, las oía y las recogió y en su libro Heberto Padilla es el único personaje, uno de los pocos —no digamos que el único—, uno de los pocos personajes revolucionarios y simpáticos.

Y lo mismo ocurrió con el viejo agrónomo francés contrarrevolucionario René Dumont, entusiasmado cuando me recibió, me citó, me llamó, me pidió mis opiniones. Yo arremetí contra la Unión de escritores y artistas de Cuba, contra la revista *Verde Olivo*; yo dije que la revista *Verde Olivo* me había tratado injustamente, siempre con argumentos policiales; yo dije que el escritor en Cuba no significaba absolutamente nada, que no era respetado, que no valía nada, yo atacé consuetudinariamente a la Revolución. Y no digamos las veces que he sido injusto e ingrato con Fidel, de lo cual realmente nunca me cansaré de arrepentirme. Y sólo el deseo, realmente la vehemencia con que quisiera rectificar esa ingratitud y esa injusticia podría, si no compensar, por lo menos aclarar en algo lo que no era más que una cobardía y una actitud contrarrevolucionaria.

Porque en el año 1969, cuando con motivo de mis posiciones yo estaba sin trabajo, le escribí una carta a Fidel. Casi de inmediato me contestó esa carta. En mi carta yo le planteaba que estaba sin trabajo y que quería trabajar. Casi de inmediato recibí una respuesta de Fidel a través del Rector de la Universidad de La Habana. Me dieron trabajo en la Universidad de La Habana, de acuerdo con mis aptitudes y con mis deseos me dieron trabajo en la Universidad de La Habana.

Pero es que yo no cesé en mis posiciones por ese trabajo. Por ejemplo, ustedes recuerdan mi recital, el título, cómo se llamaba ese recital. Se llamaba *Provocaciones*. Sí el ardid era del texto de Arnold Hauser, pero es que ese texto de Arnold Hauser estaba muy mañosa y cobarde y miserablemente traído por los pelos por mí, porque justamente “Provocaciones” era el título del artículo que había usado *Verde Olivo* para calificar mis actitudes, y era el título que yo daba a mi nuevo libro.